

El Cururo incomprendido y otros cuentos

Alicia Blum ilustraciones de Andrés Julián



ZIG-ZAG LECTORCITOS

El Cururo incomprendido

Alicia Morel



El Cururo, joven y entusiasta ratón del bosque, iba una mañana cantando por el camino secreto que le servía para **transitar**:

—Con la derecha me levanté,
por eso salto y caigo bien.
La pata izquierda la esconderé,
y así este día me irá muy bien.

Esa noche, el Cururo había soñado que era el más **sabio** del bosque y que, al contrario del Chuncho, él **anunciaba** solo buenas noticias. Su canto despertó a la señorita Lagartija. Asustada, esta abrió un ojo y miró al Cururo desde la piedra donde tomaba el sol.

—¿Qué te ha puesto tan alegre? —le preguntó.
—Decidí ir a la escuela para ser sabio.
La Lagartija no pudo aguantar una carcajada.

—¡Un ratón a la escuela! ¡Ay, nunca había oído algo así!
—Porque eres una ignorante —chilló el Cururo, ofendido.
—¡Insolente! —gritó la Lagartija, ofendiéndose a su vez.
—Seré más sabio que el Chunchu —continuó el Cururo—. Y no anunciaré desgracias sino puras felicidades.
—Eres un pretencioso —alegó ella.
—Me instalaré en la escuela hoy mismo. Prefiero ser pretencioso y no un pellejo lleno de sol como tú.
La Lagartija se quedó muda y verde de rabia.
—Abriré un agujero en el fondo de la clase y desde allí oiré y aprenderé todo —continuó el Cururo, satisfecho.
—Eres el mismo intruso de siempre —logró decir, al fin, la Lagartija.
—Tengo "intrusidad" científica.
Y con un movimiento de cabeza y cola, el Cururo continuó el viaje.
La Lagartija lo miró alejarse con profundo desprecio y no tardó en dormirse de nuevo.
El Cururo llegó a la escuela incluso antes que la profesora y tuvo tiempo para abrir un buen observatorio.
Uno a uno fueron llegando los niños, algunos a pie, otros a caballo, porque esta escuela estaba en el campo.



La profesora empezó una clase que al ratón le pareció muy interesante, pero incomprendible. Le bailaban en la cabeza los números y las letras.

—Es difícil ser sabio —suspiró sin desanimarse.

La profesora llamó a Tuco para que leyera. Pero el pobre Tuco no daba pie en letra.

—Es muy difícil, no se me queda nada de lo que leo. Prefiero los "monos".

—Igual que yo —pensó el Cururo, esperanzado.

—Mira, Tuco —advirtió la profesora—, los "monos" son mudos, en cambio las letras hablan, nos enseñan lo que significan los dibujos.

—Los libros no se hicieron para mí —alegó Tuco.

—Ah, ¿crees que se hicieron para que se los coman los ratones? —exclamó la profesora, impacientándose.

El Cururo dio un respingo al oírse nombrar; se sintió importante. Además, no se le había ocurrido comerse un libro y pensó que así podría ser sabio con mayor rapidez.

—Oye, Tuco, leeremos un libro de aventuras en clase y verás que los "monos" se te pintan solos en la cabeza —dijo la profesora, sacando del cajón de su mesa un libro grandote.

De solo verlo, al Cururo se le abrió el apetito.

Tuco comenzó a leer a tropezones.





A pesar de la dificultad, la historia no tardó en interesarle, sobre todo cuando continuaron leyéndola sus compañeros. Quedaron en un capítulo lleno de suspenso; tanto, que los niños, entre ellos Tuco, no hallaban las horas de que llegara la clase del día siguiente para continuar la lectura.

La profesora estaba feliz. Pero sin duda el más contento era el Cururo, que durante la noche se comió la historia completa, con "monos" y todo. La panza le quedó tiesa de sabiduría. Tuvo que alojarse en su escondite de la escuela, incapaz de dar un paso.

Al otro día los niños supieron que un ratón les había comido el cuento. Indignados, buscaron el agujero por donde el intruso se había metido a la clase y lo tapiaron cuidadosamente con latas y vidrios.

El Cururo escuchó las cosas terribles que se dijeron de sus congéneres. Paso a paso se alejó de la escuela, sintiéndose incomprendido. Le costó mucho digerir el libro, por lo que tuvo que soportar las burlas de la Lagartija.

Sin embargo, no tardó en volar por el bosque el rumor de que el Cururo se había comido un libro y sabía mucho. Hasta el Chuncho fue a consultarlo para dar sus malas noticias. A pesar suyo, la Lagartija también tuvo que reconocer que el Cururo se había hecho un sabio.

El Cururo vivió muchos años, anunciando felicidades y resolviendo enigmas. Murió de viejo, condecorado de hojas secas, por ser el más sabio del bosque.

Fin

